

# PRIMERA ASCENSION A L'AIGUILLE VERTE POR EL ESPOLON SUR - ARISTA DE MOINE

POR PEDRO AGUIRREGOMEZCORTA

L'aiguille Verte, una de las montañas más hermosas de los Alpes, hacía tiempo que ejercía en mí una singular atracción. Los relatos que de ella se contaban, despertaban en mí un creciente interés y un vivo deseo de escalarla algún día. Este año, gracias a Dios, íbamos a ver realizadas nuestras ilusiones de recorrer los Alpes, y, en nuestro programa de probables ascensiones, la Verte figuraba como uno de los principales objetivos.

En el bellísimo refugio de Couvercle, a 2.698 m. de altitud, dejamos transcurrir dos días antes de decidirnos a intentar la ascensión a la Verte, ya que, según el guía del refugio, el couloir de Whymper no estaba en condiciones, optamos por aguardar a un momento más propicio.

El primer día lo dedicamos a husmear por el interior del refugio y a pasear por la terraza, admirando el incomparable panorama que se extendía ante nosotros. La cara norte de las Grandes Jorasses era la que atraía todas nuestras miradas; el espolón de la Punta Walker, rebosante de nieve y hielo, era como un imán para nuestros ojos. Resultaba difícil imaginarse que un ser humano pudiese escalar aquellas heladas e inhóspitas paredes.

Al día siguiente fuimos muy pocos los que salimos de excursión, ya que toda la noche estuvo cayendo agua-nieve. El pico elegido por nosotros fue L'aiguille du Petit Talèfre, desde el cual observamos a la Verte, estudiando una posible vía por el espolón sur.

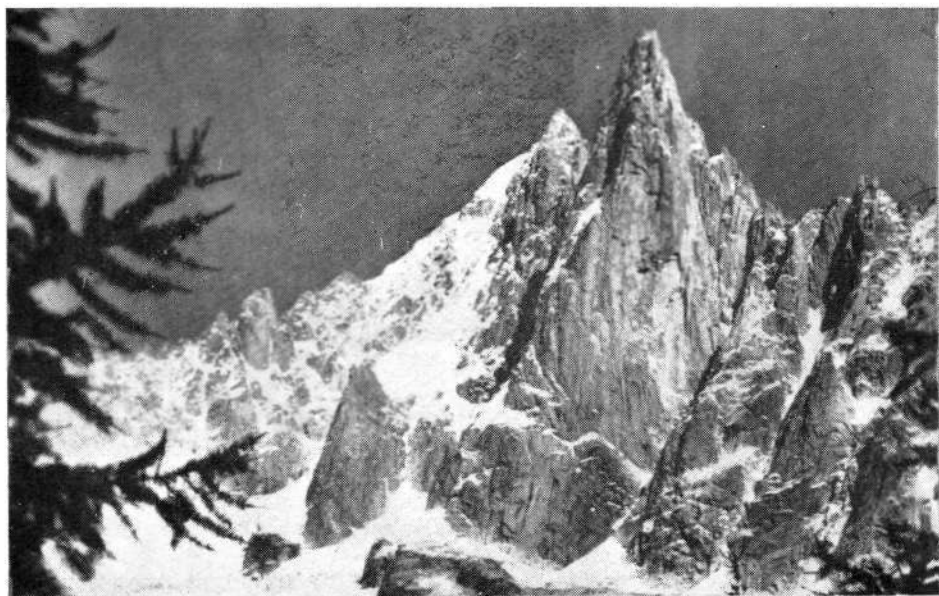
Hacia el anochecer desaparecieron todas las nubes, y las estrellas llenaron de alegría la noche. Ante aquel síntoma de buen tiempo, preparamos los morrales para la escalada de la Verte.

A las cuatro menos cuarto de la madrugada, tras haber tomado un frugal desayuno, abandonamos el refugio. Ascendemos por el glaciar de Talèfre, siguiendo al pie del eslabón de Moine. El itinerario que seguimos no debe ser el correcto, pues, tras subir un fuerte repecho, una ancha grieta nos cierra el paso. Nos encordamos y la franqueamos por su parte derecha. Nuestro tercer compañero, que se siente muy indispuerto, decide regresar al refugio.

Sin más complicaciones alcanzamos la base del espolón sur. En lugar de seguir las vías normales, hemos decidido intentar una modesta «primera», es decir, una variante de la vía de la arista de Moine. Partiendo desde la base misma del espolón, intentaremos empalmar con la arista de Moine.

La rimaya no ofrece complicaciones y la salvamos rápidamente. Son las siete en punto cuando comenzamos la escalada.

La primera parte de esta escalada resulta muy agradable, pues sus pasos son variados y de poca dificultad (puede compararse en dificultad con las Crestas del Diablo); en la segunda parte, a pesar de ser bastante menos vertical, emplea-



*Cara oeste del Dru; al fondo, la antecima de la Verte.*

ríamos muchísimo más tiempo, pues la abundantísima nieve helada que cubría las rocas, retrasaba considerablemente nuestra ascensión.

El tiempo ha sufrido un brusco cambio, y amenazadoras nubes van engullendo las nevadas cumbres. Asomados a la arista —y aproximadamente a su altura (3.734 m.)—, contemplamos la silueta del Dru. Desde este lado no nos parece tan esbelto como estamos acostumbrados a verlo en las postales. Allá en el fondo, muy abajo, el refugio de Charpoua es un diminuto punto perdido en el glaciar.

Continuamos la escalada por unas placas fáciles que nos conducen a una pequeña horquilla; atravesamos a caballo una afilada cresta de nieve y atacamos unos bloques algo descompuestos. Superados éstos, me veo en la necesidad de calzarme los crampones.

Continuamos por la arista hasta que un pequeño corte nos cierra el paso. Desciendo con precauciones unos diez metros e inicio una larga travesía hacia la derecha; atravieso un empinado nevero y, a la bavaresa, doblo una redondeada arista. La travesía finaliza junto a la base de un gran bloque surcado por dos fisuras y un estrecho corredor de hielo. La estrechez de este corredor favorece su superación, pues permite apoyar los antebrazos en las paredes.

En dos ocasiones en que encontramos zonas desprovistas de nieve, Manolo, mi estupendo compañero, aprovechando la circunstancia de que no se ha calzado los crampones, pasa a encabezar la cordada.

El tiempo se desliza velozmente, y la inquietud comienza a invadirnos. La espesa niebla que nos rodea desde hace largo rato, impide que precisemos la distancia que nos separa de la cima. La escalada parece no tener fin.

Hacia las siete de la tarde comienza a disiparse la niebla. Enfrente de nosotros surge el Mont Blanc; se me antoja una gigantesca ballena flotando en el océano de nubes. En lo alto, difuminada entre la niebla, divisamos la antecima de la Verte; tras ésta, oculta parcialmente, la cima.

## PYRENAICA

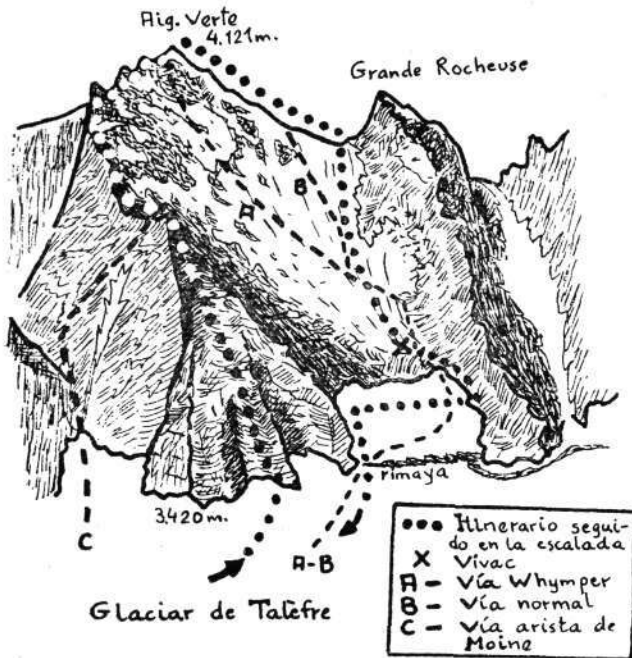
En dos largos de cuerda alcanzamos la antecima y nos sentamos en las rocas que afloran en la nieve. El viento se encarga de barrer los últimos vestigios de niebla, y la Verte nos muestra toda la immaculada pureza de su cumbre. Es, exactamente, como nos figuramos que deben ser las cimas vírgenes: un cono, mejor dicho, una pequeña pirámide blanquísima, limpia de toda huella o mancha, coronando la maciza mole de la montaña.

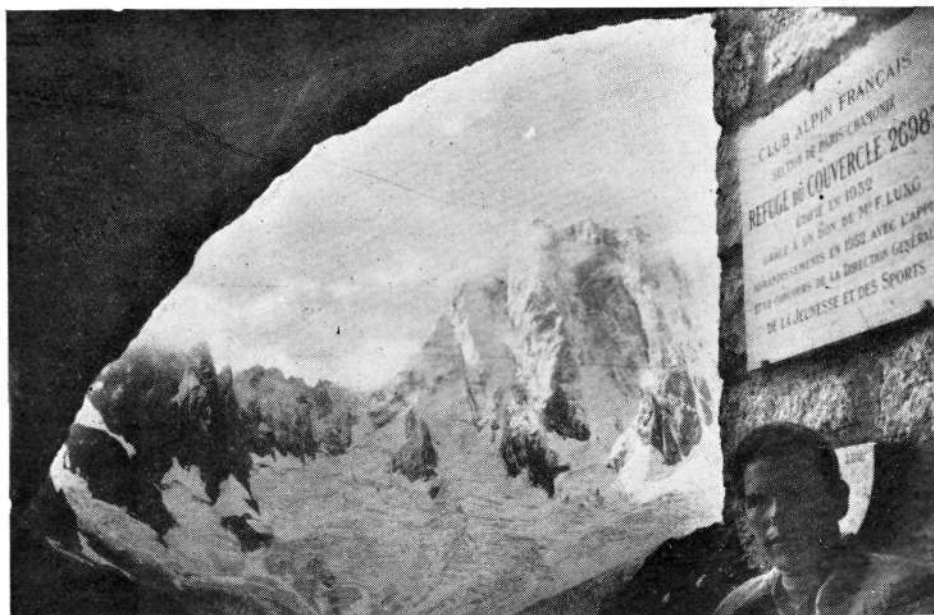
La antecima está unida a la base de la nivea pirámide por medio de una delgadísima cornisa de unos diez metros de longitud. La atraveso sentado a horcajadas, mientras mi compañero me asegura desde las rocas. A las ocho de la tarde, aproximadamente, alcanzamos la cumbre de la Verte, a 4.121 metros de altitud. Es nuestro primer «cuatro mil».

Las nubes, azotadas por un viento glacial, se han disipado totalmente, permitiendo contemplar un colosal panorama. Lanzamos una rápida ojeada a tanta magnificencia y corremos hacia el collado de la Grande Rocheuse, hasta que una delgada cornisa, afilada como un cuchillo, nos detiene. Nuevamente nos sentamos a horcajadas sobre la cornisa y cabalgamos sobre ella. A ambos lados de la cresta, las laderas descienden vertiginosamente, perdiéndose en las profundidades, en los glaciares de Talèfre y de Rognons, casi a mil metros bajo nosotros. La longitud de la cresta es tal —unos 120 metros— que nos obliga a efectuar cuatro relevos sobre su helado lomo.

El sol está a punto de desaparecer por occidente, y la luna ocupa ya su puesto, dispuesta, como siempre, a llenar de luz la noche. En el collado de la Grande Rocheuse, al final de la cornisa, Manolo se calza los crampones; luego, asegurándonos desde las rocas que orillan el couloir de Whympfer, iniciamos el descenso por este famoso corredor de hielo.

La luna, en su fase llena, inunda de plateada luz el couloir, permitiéndonos





*La cara norte de las Grandes Jorases desde el refugio de Couvercle.*

ver con bastante claridad. Aunque resbalamos numerosas veces, siempre logramos mantener el equilibrio sobre la inclinadísima pista de hielo. Bueno, en realidad, no siempre: a mitad del couloir, Manolo resbala y, boca abajo, se desliza velozmente durante unos treinta metros, hasta que la cuerda detiene bruscamente su caída. La única consecuencia desagradable de la caída ha sido la rotura del piolet.

A las dos de la madrugada alcanzamos el resalte que se eleva sobre la pala del glaciar. La luna, siempre traviesa, se oculta tras la arista de Moine, y las tinieblas invaden el couloir. En estas circunstancias, continuar el descenso nos parece una imprudencia, por lo que decidimos aguardar la llegada de la aurora. Nos descalzamos e introducimos los pies en el morral; luego, de pie sobre la estrecha plataforma, esperamos las primeras luces del alba.

El amanecer nos sorprende preparando los morrales. La operación de calzarnos las botas nos es sumamente desagradable, pues los calcetines se han helado durante la noche. Después de hacer mil muecas, terminamos de atarnos las botas y, tras engañar al estómago con unos azucarillos y un trozo de queso, proseguimos el descenso, no tardando en alcanzar la pala del glaciar. Esta pala está surcada por varios profundos canalones —producidos por los aludes de piedras—, que requieren el tallado de peldaños. Caerse por estos canalones significa un veloz viaje por un tobogán de hielo y desaparecer en la grieta de la rimaya. Franqueamos con precauciones los canalones y alcanzamos la rimaya por su parte derecha, único punto factible de paso. Franqueada la rimaya, avanzamos a buen paso por el glaciar, llegando al refugio a las ocho y media.

Nuestro compañero, que ha pasado la noche con el natural sobresalto, acude a recibirnos.